

Faraón



El lance de “Faraón”

Después de un invierno seco, por fin llegaron las lluvias tan esperadas. Los amarillos pastos, más parecidos a los de un fin de verano, en pocos días se han vestido del verde radiante de la hierba fresca y tierna mojada por la lluvia hermana del sol y el arcoíris. Después de unas gotas, sale el sol. En unos minutos empiezan a salir conejos a comer. Corren los machos líderes detrás de las hembras a la vez que hacen quiebras y cabriolas. Sacuden las mojadas patitas y después se lamen. De la puerta de un majano sale un gazapillo, y otro y detrás otro, tan redonditos con esas orejillas tan pequeñas. Entran y salen nerviosamente pues están ahora descubriendo el exterior. Temerosos del peligro, no se alejan más de un metro de la gazapera.

A lo ancho del cercado que se encuentra delante de la casa forestal de Valquemado, corren los conejos aquí y allá disfrutando del claro que se ha abierto y por el que se cuela el sol, tan necesario y agradable en estos frescos días de primavera.

De pronto se escucha un grupo de rabilargos y todo se detiene. Se acaba el juego y las carreras. A dos patas, se levantan mirando todos en una dirección y, al unísono, salen todos corriendo.

El ruido de los rabilargos se va acercando y en unos instantes aparece la razón por la que ha cundido el pánico. Faraón, lince macho adulto de la zona, hace su aparición. Andando sigilosamente se detiene en el centro del cercado mirando fijamente a unos majanos..., como si pudiera ver a través de las rocas..., parece haber descubierto algo. Lo cierto, diría, es que son sus oídos más que su vista, los que detectan a la presa.

Emprende una marcha con la cabeza estirada hacia delante, las patas flexionadas y el rabo nervioso. La excitación del carnívoro que ya parece tener su objetivo a la vista.

A cuarenta metros y cerca del arroyo, al otro extremo del cercado, se encuentran dos conejos despistados mordisqueando las flores, alejados unos diez metros del majano más cercano.

Pausadamente levanta una pata..., avanza..., levanta la otra..., da la impresión de que quedan muy lejos para acercarse a ellos sin ser visto. A campo abierto, sin un matorral donde esconderse, tendrá que esperar paciente o desistir. Esto tiene pinta de ir para largo...

Mientras observo y estudio las opciones, increíblemente, en menos de un segundo, el gran gato se lanza al ataque en aceleración digna de ser cronometrada. Cuando me doy cuenta, está con el conejo pateando en sus fauces.

No podía creerlo!, me encontraba en una posición superior, desde donde dominaba perfectamente el espacio a recorrer pero, todo fue más rápido que mi vista.

¿Qué hay de esa técnica del acercamiento para saltar y sorprender a la presa?, ¿Acaso el lince es también un cazador de carrera?

Ciertamente el lince lo es, pero no a largas distancias, ni es el método más utilizado.

Parece ser, que el lince supo que los conejos tendrían que correr hacia los majanos. En lugar de lanzarse directamente hacia ellos, trazo una ruta en arco contándoles el paso mientras estos corrían hacia el majano. En un quiebro y en el último instante, alarga la zarpa derecha, y con las garras engancha en el aire al conejo. Para la víctima se acabaron las olimpiadas. ¡Todo en menos de un segundo!

Soltando el conejo en el suelo, abre la boca para respirar y parece mirar a su alrededor meditando lo que acaba de hacer.

Escondido entre la hierba, escucho el crujir de huesos al masticar. Tras 15 minutos, se levanta y busca un lugar limpio para tumbarse donde se asea y después se duerme.

Doy gracias a la vida por ponerme como espectador en primera fila de este espectáculo natural y quedará grabado por siempre en mi mente.

Martín. Proyecto Life+IBERLINCE